

1882-83

1772-73

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

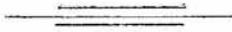
EN LA SOLEMNE INAUGURACION

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1882 Á 1883,

POR EL DOCTOR

DON JUAN ORTEGA Y RUBIO,

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS.



VALLADOLID:

IMPRENTA DE L. GARRIDO.

Calle de la Obra, número 8.

1882.

Valladolid

DISCURSO
LEIDO EN LA
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

EN EL ACTO DE LA SOLEMNE INAUGURACION
DEL CURSO ACADÉMICO DE 1882 Á 1883.



Disc.Apert.UVA882/83 ^{BiCe}



5>0 0 0 0 4 2 0 6 3 7

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

EN LA SOLEMNE INAUGURACION

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1882 Á 1883,

POR EL DOCTOR

DON JUAN ORTEGA Y RUBIO,

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS.



VALLADOLID:

IMPRENTA DE L. GARRIDO,

Calle de la Obra, número 8.

—
1882.

ILMO. SEÑOR:

I.

El Claustro universitario dirige su palabra en este solemne momento al público, no para dar cuenta de sus ideas y doctrinas, que solo rinde á Dios y á su propia conciencia, ni mucho ménos para hacer vano alarde de los servicios que ha prestado en la enseñanza, sino como una preparacion al ejercicio de las tareas académicas. Hoy se reunen aquí alumnos y maestros para inaugurar el curso de 1882 á 1883 y honrar de este modo la memoria de estos centros de enseñanza que han vinculado en sus nombres todos los grandes períodos de las ciencias y de las letras españolas. Hoy se abren las puertas de esta antigua Universidad donde han brillado tantos sábios, y donde tantos y tantos jóvenes han aprendido los principios fundamentales de la ciencia y de la vida, conquistando luego una brillante posicion en todos los ramos del saber. En estos

augustos lugares se respira el aire puro de la verdad, de la justicia y de la moral, sin mezclarse los profesores en las luchas candentes de la política, ni en enconadas disputas religiosas; que todos conocen la mision de su elevado ministerio y el respeto que demanda, y á todos guía el sentimiento noble y digno de la enseñanza de la juventud. ¡Quiera el cielo que la venturosa paz que reina en este templo de los buenos estudios, no se turbe un solo momento en la nueva era que empieza en este dia.

Venimos hoy aquí á celebrar una gran solemnidad científica. ¡Qué espectáculo tan sublime ofrece la Universidad!—¿Cómo se explica, Ilmo. Sr., la presencia de tan escogido auditorio en este sitio?—¿Viene por ventura á escuchar la torpe palabra y el desaliñado discurso del mas humilde de los profesores de este ilustre Claustro?—No: viene á confirmar el interés que despiertan los destinos futuros de la ciencia, y el deseo, siempre creciente, que le anima de contribuir con sus fuerzas al progreso de nuestra querida patria; viene á rendir un tributo de admiracion y respeto á la enseñanza que se alberga en este santuario. Dispensadme esta pequeña digresion, en gracia del sentimiento que la inspira.

Honrado por el docto jefe de esta esclarecida Universidad con el encargo de pronunciar el discurso inaugural del presente año académico, distincion que no merezco, huhe de resignarme á aceptar por obe-

diencia, pero no sin comprender que tamaña empresa es superior á mis fuerzas. Necesito y reclamo vuestra indulgencia.

Pero ¿de qué punto ó materia habré de ocuparme que no desmerezca de la institucion docente, y que á su vez sea digno de vosotros?—Dudé algun tiempo y nada nuevo encontré que ofreceros, y despues de mucho vacilar, me decidí al fin á ocuparme de una cuestion filosófica, de una doctrina fundamental; cuestion ó doctrina correspondiente á una ciencia á que me consagré hace algunos años, si no con resultados, al menos con buenos deseos y con entusiasmo. El tema elegido es el siguiente: *Leibniz: su sistema filosófico*.

Corre como verdad indiscutible que la filosofía ha sido herida y maltrecha en su lucha con las ciencias naturales. Se dice que aquejada de visible consuncion le espera el olvido, y que todo esto se debe principalmente á que la sociedad actual, tocada del positivismo, ha renegado de fantásticos ideales y de sueños metafísicos. Este es el problema del dia.

Cuando antiguas enseñanzas se abandonan minadas por la crítica moderna que nada respeta, y otras nuevas se formulan á modo de mandamientos de la humanidad; cuando se halla en tela de juicio la verdad mas evidente de nuestro ser, lo mas fundamental de la sociedad y lo mas sagrado de nuestra conciencia; llegada la hora en que muchos sistemas caen al suelo envueltos en las borrascas de estos

tiempos y hay quien presiente un nuevo despertar del género humano, hablemos de filosofía, puesto que filosófico es el problema.

Y al ocuparnos de la ciencia primera—¿haremos tabla rasa de su historia?—La ley del progreso se formula diciendo: *adelantar conservando*; veamos, pues, si algo debe conservarse de la filosofía del inmortal Leibniz, de ese monumento que ha levantado uno de los pensadores mas profundos del siglo décimo séptimo. Pero antes de entrar en la exposicion del punto que nos hemos propuesto, dirigiremos una mirada general sobre el desarrollo de la ciencia del pensamiento y de la verdad, y recordaremos algunos hechos capitales de la historia, todo lo cual aclarará y como que dará luz á la filosofía leibniziana. Al mismo tiempo, esta ojeada será una introduccion á nuestro asunto.

II.

En los primeros albores de los pueblos encontramos la filosofía unida íntimamente con la religión; en todo el Oriente presenta el mismo carácter, y Confucio en China, Budha en la India y Zoroastro en Persia se presentan como reformadores en nombre de la religión y de la filosofía.

En Grecia llegó esta ciencia á ser completamente libre y metódica: emancipada de las tradiciones religiosas y mitológicas, se consagró al estudio del alma, así que Pitágoras puso la primera piedra del edificio, Sócrates hizo los cimientos, y Platon y Aristóteles lo terminaron.

Roma, la ciudad del derecho y de la guerra, se cuidó muy poco de todo lo que no fuese el gobierno interior y la conquista. Lucrecio, Varron, Caton, Ciceron y Séneca se contentaron con imitar ó compilar á los griegos; el estoicismo y el epicureismo, que forman la filosofía de la gran ciudad, se resuelven en el escepticismo, que es la demostracion de la insufi-

ciencia de ambas. Marco Aurelio, Epitecto y Juliano, sin embargo de sus preceptos morales, tienen poco valor en la ciencia.

La escuela de Alejandría es la síntesis de las ideas del Oriente, de Grecia y de Roma; en su seno se hallan todos los sistemas y todas las escuelas; sus filósofos, tomando por base las doctrinas de Pitágoras, Sócrates, Platon y Aristóteles, especialmente Platon, recuerdan todavía los misterios del Oriente y presienten al mismo tiempo la vida nueva que se iba á inaugurar en el mundo.

Cuando moria el imperio romano de Occidente, gastado por los principios divinos que trajo el cristianismo; cuando la elocuencia pagana de Simaco fué vencida por la verdad cristiana de San Ambrosio; cuando el templo de Serapis en Alejandría fué arruinado sin que *el cielo se agitara ni se estremeciera la tierra*; cuando pereció la ilustre Hipatia, la última palabra del neo-platonismo; cuando la duda penetraba en las entrañas del mundo antiguo y los Bárbaros celebraban su festin en las márgenes del Tiber, un santo, un sábio, un filósofo, el obispo de Hipona, hombre de fé en aquel siglo descreido, miraba con sus ojos arrasados de lágrimas á Roma, la ciudad de los hombres, para despues señalar con su dedo al cielo, la ciudad de Dios. Sócrates, diciendo: *Nosce te ipsum* (1), y San Agustin: *Noli foras ire, in te*

(1) Inscrip. del Templo de Delfos.

ipsum redi, in interiore homine habitat veritas (1) han legado á la historia de la filosofía un grito de la conciencia: la necesidad de dar principio á toda investigación científica por el estudio del espíritu humano.

Comienza la Edad media. En el Occidente aparece Boecio al terminar el siglo V, Isidoro de Sevilla en el siglo VII, y en el Oriente Juan Damasceno en la primera mitad del siglo VIII; los tres conocedores, lo mismo del platonismo y del aristotelismo que de los libros de los Santos Padres, y los tres procuraron unir la ciencia y la fé, la filosofía y la religion. La Iglesia, representante de la cultura en tiempos tan difíciles, y las escuelas protegidas por Carlomagno, contribuyeron mucho á disipar de la faz de Europa las sombras de la barbarie. Se nos presentan, en el siglo IX el célebre monje Alcuino y Scoto Erígena; en el X el sábio monje Gerberto, despues papa con el nombre de Silvestre II, en el XI Berenger, Pedro Damiano, Hildeberto de Tours, Roscelin, y en este siglo y á principios del siguiente una figura verdaderamente gigantesca, San Anselmo, monje benedictino primero y luego arzobispo de Cantorbery. Pero antes de ocuparnos de San Anselmo consideremos el estado de Europa.

Cuando los germanos habian gustado los placeres de la civilizacion y por todas partes se oia el

(1) De vera relig., 72.

grito de esperanza: *no mas bárbaros ya*, un árabe, que se llamaba profeta, Mahoma, lanzaba al viento sus ideas religiosas y hacia estremecer al mundo. Por otro lado los normandos en sus barcas de cuero arrasaban las costas de la Galia y hacian pedazos, en mil fragmentos, la corona del Imperio; y por último, los magiars intentaban ahogar entre sus robustos brazos á la naciente civilizaci3n germánica. De modo que los árabes en el Mediodía, los normandos en el Occidente y los magiars en el Oriente, caian, como nube asoladora, sobre la Europa at3nita. Y despues, cuando se decia que el mundo iba á perecer, porque el año mil se aproximaba, los pueblos cristianos todos, llenos de terror, exhalaban el *Dies iræ*. Al mismo tiempo, el diablo en figura de un hombre, de un guerrero, cubria de sangre y de ruinas toda la España; Almanzor, que parecia hijo del infierno, penetraba en Santiago, destruyendo la iglesia del patrono de Galicia, y en Cánales, arrasando el monasterio de San Millan, patrono de Castilla. Además, el feudalismo estaba en todo su poder, el emperador de Alemania se levantaba contra el Papa, el mundo parecia un campo de guerra, las treguas de Dios, apenas obedecidas, y allá, en Roma, los Pontífices predicando la paz, y en todas partes, se veia levantarse un edificio de tosea piedra, triste, la vida del mundo no penetraba por sus muros, el sol no iluminaba sus claustros. pero en él se encontraba acurrucado el monje,

en el interior del monasterio se acogia la filosofía escolástica, y de las miserables celdas salian algunas veces chispazos de luz que llegaban hasta el último rincón de la tierra, y que marcaban al hombre el camino de la verdad y del progreso. Yo no entraré aquí á juzgar el escolasticismo, pero si afirmaré que la humanidad debe estar agradecida á los monjes, que entre estos ha habido algunos de verdadero mérito. descollando sobre todos un talento de primer orden, una poderosa inteligencia, San Anselmo de Cantorbéry. No encuentro en la Historia de la Filosofía de la Edad media dos libros mejores que el *Monologium* y el *Proslogium*. San Anselmo, al mismo tiempo que admitia como cierto el conocimiento de la fé religiosa, afirmaba que el espíritu humano debia esforzarse en otra clase de conocimiento, tambien cierto, en el científico. La doctrina revelada por Dios, segun el Santo, es la base de las especulaciones metafísicas, así como los fenómenos de la naturaleza, considerados por los sentidos, son la base de las especulaciones físicas. No decia solamente á la humanidad el ilustre arzobispo esta palabra: *cree*, sino *cree y piensa*, y nadie como él ha intentado unir el valor de la razon humana con el valor de la fé religiosa. Algunos filósofos modernos han creido ver en Descartes á un discípulo de San Anselmo en esta cuestion; la duda metódica del filósofo francés, tiene, segun aquellos, su origen en el hombre que supone el arzobispo de

Cantorbery buscando un sistema de conocimientos racionales mediante solo las fuerzas de su pensamiento. Bajo el punto de vista científico, San Anselmo encontró un principio general que reunía los caracteres de universalidad lógica y de universalidad real ú objetiva, esto es, que aparecía á la cabeza de todas las ideas y de todos los seres, el conocimiento de Dios. Confesamos nosotros de buen grado que los esfuerzos para constituir el principio de la ciencia han inmortalizado al eminente filósofo, y el *Proslogium* pasará de una á otra generacion como una de las obras mas grandes que ha producido la inteligencia humana. Descartes, estudiando la unidad de la ciencia, ha repetido los razonamientos del arzobispo de Cantorbery. El monje Gaunilon combatió á San Anselmo sobre este punto, en su obra intitulada: *Liber pro Insipiente adversus Anselmi in Proslogio ratiocinationem*; objeciones que se han repetido por los adversarios de Descartes relativamente al mismo órden de ideas. Pero el problema que se plantea en esta época y que con mas empeño se trata, es la cuestion de los *universales*. Las ideas, las nociones generales de la razon, no tienen mas que un valor nominal, son meras palabras, *flatus vocis*; esta era la teoría de Roscelin y esto afirmaban los *nominalistas*: las ideas, las nociones generales de la razon tienen un valor real, una realidad ontológica; esta era la teoría de San Anselmo,

y esto afirmaban los *realistas*. Planteada la cuestión por las dos opuestas escuelas: *universalia sunt post rem*, y *universalia sunt ante rem*, cabía un tercer término: *universalia sunt in re*, ó lo que es lo mismo, los universales, teniendo un valor propio, expresaban la naturaleza esencial de nuestro pensar. Abelardo fué el campeón de esta doctrina, la cual mereció el nombre de *conceptualismo*. Este hombre singular tuvo enfrente de sí á Guillermo de Champeaux, mantenedor del realismo hasta sus últimas consecuencias, y al elocuentísimo y dulcísimo San Bernardo, representante del principio de la fé. La piedad mística de San Bernardo prevaleció en la escuela contemplativa de Hugo y de Ricardo de San Victor. Y al mismo tiempo que con tan buenos auspicios empezaba el misticismo en los pueblos cristianos, un árabe de gran talento y conocedor como ninguno de Aristóteles, Averroes, conseguía llamar la atención de la Europa con sus magníficos comentarios sobre las obras del filósofo griego.

Pero el apogeo de la filosofía de la Edad media se halla en el siglo XIII; Alejandro de Hales, que se distingue por su severa lógica, y Alberto el Grande, que poseía vastos conocimientos en todos los ramos del saber, pueden ser considerados como los preparadores de esa filosofía que tiene por representantes á Vicente de Beauvais, al franciscano San Buenaventura, al dominico Santo Tomás, á Rogerio

Bacon, á Juan Duns Scot y á Raimundo Lulio. Vicente de Beauvais es el autor del *Speculum majus*, verdadera enciclopedia de su tiempo; San Buenaventura, espíritu contemplativo, tiene ideas puras y brillantes, y Santo Tomás, el *angel de las escuelas*, es tan gran teólogo como filósofo, y su talento y estudio supieron levantar el monumento mas colosal que produjo el siglo XIII, proponiéndose en él conciliar la filosofía humana y la divina, Aristóteles y el Cristianismo, la verdad filosófica y la teología. La obra de Santo Tomás hizo en la ciencia una inmensa revolucion y desde entonces el número de discípulos de aquel sábio llena las páginas inmortales de la historia. Rogerio Bacon, de la órden franciscana, aplicó la filosofía al estudio de la naturaleza y fundó el método experimental. «Es inutil hacer notar que Bacon, penetrado de la importancia de su método, exagera sus ventajas con perjuicio de la síntesis. Admite además otra experiencia que procede de la iluminacion interior, de la inspiracion divina. Lo que importa consignar es que el monje de Oxford, abriendo desde el siglo XIII un nuevo camino al espíritu humano, respondia al llamamiento del porvenir. La carrera que él ha comenzado, la recorrerá á su vez, tres siglos mas tarde, otro filósofo, su compatriota y homónimo, el canciller Francisco Bacon.» (1) Duns

(1) Tiberghien, *La generacion de los conocimientos humanos*, t. II, pág. 353.—
Tr. de D. Alejo García Moreno.

Scot, apellidado el *Doctor Sutil*, llevó su crítica á la doctrina de Santo Tomás, causa de la enemiga entre franciscanos y dominicos. Con Raimundo Lulio, el *Doctor Iluminado*, empieza la decadencia de la filosofía en la Edad media. Cansados los espíritus de tanto batallar, en el siglo XIV, Gerson, el *Doctor Cristianísimo*, se entregó por completo al misticismo, y á esta escuela imprimió mas tarde una tendencia ascética Tomás de Kempis, el autor presunto de ese libro admirable que se intitula de la *Imitacion de Jesucristo*.

III.

Hemos llegado, Ilmo. Señor, á la Edad moderna. Constantinopla cae bajo el poder de la cimitarra turca, pero los fugitivos de aquella ciudad y despues sus hijos, guardarán, como sagrado depósito, el espíritu de Sócrates, Platon y Aristóteles; la brújula, la pólvora y la imprenta allanaban los mares, la tierra y las inteligencias; Cristóbal Colon habia visto surgir enfrente de su carabela un nuevo mundo, y los grandes navegantes portugueses nos daban á conocer el Africa y el Asia; Miguel Angel y Rafael unian la belleza del mundo antiguo con el espíritu cristiano de la Edad media; hermosa revolucion literaria, industrial, geográfica y artística que llena el mundo de grandes ideas y de puros sentimientos. Al Renacimiento sigue la revolucion religiosa. Lutero un dia se echaba con desesperacion su capucha sobre el rostro, y huia de la Ciudad Santa. Llegó á la cumbre de la última colina desde donde se divisaba Roma, la señaló con el dedo, y atrevido lanzó al viento esta

frase: ¡Nínive perecerá! A esta revolución religiosa sigue una revolución filosófica, y al mismo tiempo que esta revolución filosófica, la revolución astronómica de Keplero y Galileo, la revolución jurídica de Grocio, la revolución literaria de Cervantes, Lope de Vega, Calderon y Skakespeare, y la revolución artística de Murillo.

Pues bien, dos movimientos reaccionarios, el Renacimiento y la reforma del fraile Martín Lutero produjeron revolucionarias consecuencias. ¿Que cosa tan extraña! ¿—Qué quería el Renacimiento?—Volver á la ciencia, al arte y al derecho de la antigüedad, abandonar el espiritualismo por el naturalismo, en una palabra, sustituir al individualismo germano la vida de Grecia y de Roma. ¿—Qué quería la Reforma?—No intentó restablecer el paganismo porque esta religión había muerto en la conciencia humana: era imposible un cambio tan brusco; pero pretendió oponer al catolicismo de la Edad media el primitivo cristianismo. «El Renacimiento y la Reforma, dice Laurent, son dos movimientos hacia el pasado; los humanistas pretendían volver á la religión de Homero, y los protestantes al cristianismo primitivo.» (1) Erasmo afirmaba que en Italia el Renacimiento era un verdadero paganismo (2), y el mismo Lutero declaraba en la Dieta de Worms «que solo pedía que se le con-

(1) Etudes sur l'histoire de l'humanité, tome VIII, págs. 387 y 388.

(2) Erasmi, Ratio veræ theologiæ (Op., t. V., p. 106).

venciera de sus errores por medio de testimonios positivos de las Santas Escrituras, ó por principios claros, sencillos y evidentes, y que no haria ya otra alguna apelacion.» (1) Empero, ¿qué consecuencias trajeron el Renacimiento y la Reforma?—Sin pensarlo, ni presentirlo siquiera el primero, los hombres no encontraron valla en sus disquisiciones, volvió el humanismo á la vida, renació la democracia, se despertó el amor á la naturaleza, y la ciencia se hizo positiva. La Reforma no vió que al anteponer la razon á la fé labraba su propia ruina, porque el racionalismo puso en tela de juicio aquellas doctrinas que en un momento de orgullo el fraile Martin habia lanzado á la frente augusta del Pontificado. El racionalismo es cierto que se presentó en son de guerra contra la escolástica y que asestó rudos golpes á la filosofia de Santo Tomás, pero tambien minó por su base el edificio protestante. ¿—Qué fundaban los hombres del Renacimiento en vez de lo que destruian?—Unos se perdian en los sueños de la teosofía como Paracelso y Van Helmont, otros en el naturalismo como Telesio y Campanella, aquellos en el panteismo como Giordano Bruno, estos en el ateismo como Vanini, algunos se consagraban al platonismo como Ficino, ó combatian el escolasticismo como Vives, ó se oponian al aristotelismo como Pedro Ramus; y muchos, ante el espectáculo de la anarquía

(1) Véase Alzog, Hist. universal de la Iglesia, t. III, pág. 368. Tr.

del pensamiento, proclamaban el escepticismo como Montaigne, Charron y Sanchez. Pero sin embargo de este desconcierto y confusion, todos, queriéndolo ó no, se inspiran en la filosofía del mundo clásico, reproducen las bellas manifestaciones de la antigüedad, y todos minan por su base el escolasticismo de la Edad media. Con efecto, para los pensadores, humanistas y filósofos del Renacimiento, no era ya la filosofía *theologiae ancilla*, ni la naturaleza era despreciada ó aborrecida, ni el cuerpo era la grosera cárcel del espíritu, ni la razon estaba sujeta á trabas: todo cambia y se transforma; una nueva revolucion tenia lugar en la historia humana. Al mismo tiempo las Universidades encerraban en su seno á una juventud libre pensadora, antítesis del estudiante teólogo; los artistas tenían la aspiracion á lo infinito; los comerciantes de Italia llevaban en las quillas de sus buques la antorcha de la nueva civilizacion; los industriales se movian y se agitaban: es un período revolucionario por el que atraviesa la humanidad en el siglo décimo sexto.—Pues bien, la filosofía del siglo XVI prepara el terreno á la del XVII; Giordano Bruno y Campanella, Vanini, Pedro Ramus y tantos otros, son los predecesores del gran triumvirato filosófico: Bacon, Descartes y Leibniz.

El siglo XVII tiene el carácter de reflexivo y pensador. La historia le habia enseñado cómo se cuarteó y arruinó el castillo feudal y cómo tuvo

principio la fiera monarquía absoluta, que en cambio de uno que otro bien, llenó de males sin cuento la tierra; se habia convencido por experiencia propia que la reforma religiosa era una flor sin aroma; habia encontrado por do quiera guerras crueles y hechos inícuos, y habia comprendido que el día santo del derecho, de la justicia y de la libertad no se alcanza tan fácilmente, ni se logra sin grandes esfuerzos y sacrificios. Entonces ¡cuántas ilusiones perdidas! ¡cuántos desengaños abrigaba el alma del siglo décimo séptimo! La filosofía, tocada también del malestar general, fatigada de tantos sistemas y de disputas tantas, se detiene á meditar, achaca los errores pasados al procedimiento seguido, y por esto se convierte en crítica y se fija principalmente en cuestiones de método. (1)

Inglaterra, Francia y Alemania son respectivamente la patria de Bacon, Descartes y Leibniz, y en cada una de aquellas naciones, el movimiento filosófico tiene un carácter propio. Inglaterra es un pueblo práctico y positivo, industrial y materialista: Bacon, correspondiendo á estas indicaciones, consideró la experiencia como punto de partida para el conocimiento, y como base segura y firme del edificio científico. La experiencia ayudada de la inducción debia conducir al hombre á un nuevo método para

(1) Las ideas que acabamos de exponer pueden verse con mas extensión en la *Introducción á las obras filosóficas de Descartes* del malogrado Sr. Revilla.

investigar la verdad. Mucho debe la ciencia al célebre cauciller de Inglaterra, pero el método baconiano de observacion es incompleto, pues se fija solamente en la observacion de los hechos sensibles y olvida la de los hechos psicológicos. Además, apenas hizo caso de la deduccion, pensando solo en sustituir la induccion al método silogístico. Estrecho el campo donde se movió Bacon, la obra que levantara, si beneficeiosa á las ciencias experimentales, fué perjudicial, perjudicialísima á la ciencia psicológica. Si la escolástica recibió en su corazon grave herida con los libros *de dignitate et augmentis scientiarum*, y en particular con el *Novum organum scientiarum*, arrastrando desde entonces una existencia lánguida, no es menos cierto que el espíritu del método de Bacon produjo luego el sensualismo de Hobbes y de Locke, mas tarde el grosero materialismo, y tal vez, como afirman Fouillée y el P. Zeferino Gonzalez en sus obras de *Historia de la Filosofia*, el moderno positivismo, que se levanta hoy por do quiera y que orgulloso pretende hacer tabla rasa de la filosofia espiritualista y de la metafisica. La Francia es un pueblo brillante, generoso y soñador. Enamorado de la belleza y artista de corazon, busca incesantemente lo ideal, lo infinito, lo absoluto, Dios. Se fija mas en la forma que en el fondo de las cosas. Su rica fantasia se pierde muchas veces en mundos fantásticos, y con frecuencia en vez de pensar, sueña; en vez de me-

ditar, canta; en vez de filosofar, poetiza; en vez de raciocinar, siente; pero sueños, cantos, poesías y sentimientos que regocijan el alma y la inundan de placer. Pueblo de mas corazon que cabeza, de mas imaginacion que razon, su filosofía carece de profundidad; Descartes es el genuino representante del movimiento filosófico de la Francia. Descartes que como gran matemático es frio y sereno, sin embargo no pudo librarse del carácter de su raza y de su pueblo; así que su espiritualismo vino luego á parar en el idealismo exagerado de Malebranche y en el panteismo idealista de Spinoza, y en sus doctrinas han bebido tantos espíritus soñadores y ligeros. Estudiemos á Descartes. Este hombre extraordinario, como afirma un ilustre filósofo español (1), es el autor de esos libros admirables, del *Discurso del método* y de las *Meditaciones metafísicas*, los cuales han conmovido al mundo de la inteligencia y han hecho una revolucion profunda en la ciencia filosófica. Descartes es un gran matemático y sobre todos sus importantes descubrimientos sobresale sin duda la aplicacion del álgebra á la geometría; es un gran físico, y lo prueba su teoría del arco iris, el descubrimiento de las verdaderas leyes de la refraccion de la luz, y su afirmacion de que el vacío no existe; y en la ciencia de la naturaleza, su teoría sobre los torbellinos, es una curiosa y bella hipótesis acerca de la formacion del

(1) Balmes, Hist. de la Filosofía, pág. 128.

universo. En filosofía comenzó dudando, pero en su duda no pudo menos de reconocer que al dudar, pensaba, y de que al pensar, existía, pronunciando entonces una afirmación intuitiva de conciencia: *cogito, ergo sum*, y con esto renovó el punto de partida de Sócrates y de San Agustín.—(1) Es verdad que Descartes no debió olvidar que su existencia podía inferirse de otros muchos hechos de conciencia tan evidentes como el pensamiento. Además, el existir no es consecuencia del pensar, sino todo lo contrario; y el pensar no es tampoco la total y única esencia del Yo. Pero prescindiendo nosotros de estas consideraciones, no podemos negar que Descartes vuelve la filosofía á la conciencia y que estudia lo interior antes que lo exterior; así como tampoco es posible negar la gran importancia que dió á la psicología. Por esta razón el cartesianismo cuenta con tantos psicólogos, y carece de metafísicos de alguna nota, y aquellos ocuparían el primer puesto en la ciencia, si solamente hubiesen heredado las verdades y no los errores del maestro. En posesión Descartes, como antes hicimos notar, del punto de partida, buscó un criterio de evidencia, que encontró en la existencia de Dios, olvidándose sin duda que esta se prueba por medio de proposiciones y razonamientos, los cuales él

(1) Aunque el principio del filósofo francés había sido ya formulado por el español Gómez Pereira, este no dedujo de él sus naturales consecuencias, ni le sirvió de base para sistematizar el conocimiento.

no podía afirmar que eran verdaderos; de manera que al encerrar su lógica en este círculo de hierro, la convirtió en un puro idealismo. Del mismo modo la esencia del espíritu no es el pensamiento, ni la esencia del cuerpo es la extensión, como el filósofo francés explicaba: nosotros no conocemos las esencias. Quiso demostrar la espiritualidad del alma, las diferencias entre el alma y el cuerpo, la esencia de las cosas materiales, etc., etc. y en todo fué deficiente. Qué mérito, pues, tiene el cartesianismo como sistema?— En nuestra humilde opinión, ninguno; pero lo tiene grande, grandísimo como método. En este concepto representa una revolución tan fecunda como la realizada por Sócrates, y el nombre de Descartes será inmortal en la historia de la ciencia.

IV.

Ya estamos en el punto que nos proponíamos tratar: nos vamos á ocupar de Leibniz. Si largo y pesado ha parecido el camino, no se olvide que en cuestiones filosóficas no pueden darse saltos, y que en esta ciencia se impone el orden mas riguroso.

La Alemania es un pueblo eminentemente pensador y reflexivo; es una nacion organizadora, armónica y sábia. Recibe las ideas del mundo europeo, pero ella las desarrolla y coordina; no desdeña la filosofía de Francia y de Inglaterra, pero lo mismo huye del idealismo de la primera que del utilitarismo de la segunda; la variedad queda encerrada en una unidad estrecha y fuertemente constituida; el método está sujeto al sistema, y el cuerpo y el espíritu se dan en la conciencia humana. Leibniz es el genuino representante del carácter aleman. Es el hombre mas grande de su siglo. «No hay, dice Balmes, que buscar en sus obras á un discípulo de Descartes, ni de otro filósofo cualquiera: es original en todo. No puede tocar

una cuestion sin emitir alguna idea nueva. Este es un hombre extraordinario en quien el genio rebosa, aún en sus teorías mas extrañas» (1) Leibniz, añade el P. Zeferino Gonzalez, fué á la vez que gran filósofo, gran matemático, gran teólogo, gran historiador, gran erudito y gran jurisconsulto. De aquí es que sus obras, profundas y sólidas por punto general, son tambien muy numerosas y responden á la universalidad de sus conocimientos, entre los cuales sobresalen sin duda los filosóficos» (2).—Conozcamos primeramente su vida y despues expongamos su filosofía. Godofredo Guillermo. baron de Leibniz (3) (1646-1716) era natural de Leipzig. Su padre, profesor de Ética en esta Universidad, falleció cuando su hijo era todavía niño. En sus primeros años se entregó al estudio de casi todas las ciencias, porque su inteligencia, lo mismo se consagraba á las matemáticas que á la física, á la historia que al derecho, á la teología que á la moral y que á la metafísica, y en todo vemos brillar su poderoso entendimiento, su rica imaginacion, su ilustracion abundante, sus elevadas ideas y su voluntad enérgica. La lógica aplicada á las ciencias fué á Leibniz de mucho provecho, y las lecciones filosóficas que recibió en Leipzig de Thomasius contribuyeron á despertar en su espíritu la aficion por estos estudios. A los diez y

(1) Hist. de la Filosofia, pág. 152.

(2) Hist. de la Filosofia, t. III, págs. 115 y 116.

(3) No Leibnitz, como generalmente se escriba.

siete años se graduó de Doctor en Derecho en esta Universidad, y tomó como tésis para su disertación el principio de individualidad: *Disputatio metaphysica de principio individui*. Trasládose á Jena, y en este punto y bajo la dirección de Weigel se consagró preferentemente á las matemáticas. Estuvo agregado á la Chancillería del elector de Maguncia y durante todo este tiempo pudo dedicarse á la ciencia del derecho, á la química y á la política, y despues escribió y publicó, entre otras obras, su *Sacrosanta Trinitas per nova inventa logica defensa*. Sus trabajos de química le pusieron en relaciones con el duque de Brunswick-Luneburgo y con Van Helmont el joven. Encargado de una misión diplomática, fué á París, en cuya ciudad conoció á los sábios de la corte de Luis XIV y especialmente á Bossuet, Malebranche, Arnauld, Pascal y Huygens. Con el primero siguió una larga correspondencia científica y religiosa. Visitó también á Londres. Habiendo muerto el elector de Maguncia, encontró la mas generosa protección en Sofía Carlota, primera reina de Prusia, y en otros príncipes y reyes. El duque de Brunswick le encargó que escribiera la historia de la casa de Hannover, y buscando materiales, viajó por Holanda, Alemania é Italia; pero Jorge Luis, mas tarde rey de Inglaterra, no quedó muy satisfecho de los trabajos que encomendó á Leibniz, que eran muy diferentes los principios políticos de ambos. Elegido presidente de la Academia de Berlín, y fun-

dador ú organizador de las principales sociedades de ciencias en Viena, en Dresde y en San Petersburgo, miembro de la sociedad Real de Londres, de la Academia de ciencias de París, Leibniz fué nombrado por el emperador Carlos VI consejero áulico de la corona, y por Pedro el Grande de Rusia consejero de justicia. Murió en Hannover de un acceso de gota, y sobre su tumba se puso la siguiente inscripcion: *Hic jacent ossa Leibniti*. Entre sus obras filosóficas llaman preferentemente la atención las siguientes: *De prima emendatione philosophiæ et de notione substantiæ*.—*De arte combinatoriæ*.—*Theses in gratiam principis Eugenii conscripte*.—*Nouveaux essais sur l'entendement humain*.—*Monadologie*.—*Essai de Theodicée sur la bonté de Dieu, la liberté de l'homme et l'origine du mal*. A este precioso libro va generalmente unida una brillante disertacion intitulada: *Causa Dei asserta per justitiam ejus, cum cæteris perfectionibus, cunctisque actionibus conciliatam*.—*Principes de la nature et de la grâce fondés en raison*. Las obras que no se refieren á la filosofía son muy notables: *Codex juris gentium diplomaticus*.—*Nova methodus discendi docendæque jurisprudentiæ*.—*Characteristica universalis*.—*Annales Brunswicenses*.—*Protogæa*.

Leibniz escribió la mayor parte de sus obras en francés; algunas en latin, y muy pocas en la lengua patria.

El ilustre filósofo había venido al mundo cuando la Europa se preparaba á firmar el tratado de Westfalia, paz que terminó la guerra mas cruel que registran las páginas de la historia. Contemporáneo de Luis XIV vió los grandes hombres de la Francia y tambien las mas grandes injusticias; la Inglaterra se hallaba degradada con los últimos Estuardos, y luego en completa guerra civil; en España entronizados los Borbones; Portugal separado de España; en Suecia, Cárlos XII, y en Rusia, Pedro el Grande; el Austria en guerra con los turcos; la Prusia apareciendo en la escena política al calor de Luis XIV; los turcos en la impotencia, y la Iglesia afligida por las disputas de los jansenistas y por los obstáculos con que embarazaban su marcha los regalistas franceses.

¿Cómo se encontraba el movimiento filosófico? La escuela de Bacon se movia en el sensualismo, y la de Descartes en un estrecho espiritualismo: ni la una, ni la otra bastaban á las necesidades de la vida, y el espíritu humano deseaba volar á otras regiones mas puras de ciencia y de saber. Los baconianos habian puesto en tela de juicio primero, y negado despues, los eternos principios de la religion, de la moral y del derecho; los cartesianos los habian falseado; unos y otros caminaban sin rumbo fijo por horizontes llenos de peligros. Para los primeros el espiritualismo era un sueño, y para los últimos una ficcion el experimentalismo; el empirismo de Bacon produjo la doctrina materialista

y despótica de Hobbes, y la sensualista de Locke; y el idealismo de Descartes vino á parar en la vision en Dios de Malebranche y en el panteismo de Spinoza; la reforma era, pues, necesaria y á voz en grito se pedia por los hombres de fé y buena voluntad. ¿Quién habia de ser el reformador?—Se necesitaba para ello un hombre superior, de gran prestigio, y entonces apareció Leibniz. Sobresaliente en todas las ramas del saber humano; matemático mas profundo que Descartes y que Newton; observador mas hábil que Locke y que Spinoza; distinguido físico y químico, gran teólogo, jurisconsulto y político; historiador famoso, tan conocedor é inteligente de las bellas artes como de las útiles, dá gloria á su siglo y llena de descubrimientos las hermosas páginas del libro de la humanidad. Cuando en el largo camino de la historia encontramos un hombre que logra descorrer uno de los pliegues del velo que cubre al espíritu, ó que consigue penetrar con su talento en uno de los misterios que encierra la naturaleza, mirémosle extasiados y bendigamos á la Providencia. Yo creo que la filosofía de Leibniz merece mas aplausos que los que se le han tributado; yo soy de opinion que sus obras señalan una nueva direccion al espíritu humano y una nueva era para la ciencia; y diga lo que quiera Federico Nicolás en su *Biblioteca universal*, y no haciendo caso de las sátiras que sobre el *optimismo* escribió Voltaire en su *Cándido*, nosotros afirmamos que el estado crítico

porque hoy atraviesa la filosofía se debe á su separacion del impulso que la diera Leibniz y luego Manuel Kant. «Aun hoy, dice Ahrens, no se ha comprendido el sistema de Leibniz en toda su extension. Su inteligencia se ha dificultado por una terminologia que requiere un estudio particular, y por esta razon la doctrina de Leibniz sobre el espíritu y el alma no ha ejercido la influencia que por su gran valor merecia»⁽¹⁾ No pretendemos nosotros resolver este problema, ni aun abordarle: nuestro objeto es llamar la atencion de los que se consagran al estudio de la ciencia filosófica; pero si haremos notar que Leibniz no es el continuador del movimiento cartesiano, como algunos pretenden, ni siquiera el reformador de la escuela de Descartes, como otros afirman: el filósofo aleman produjo un sistema nuevo, un sistema de *armonía*. Unir á Platon y á Aristóteles, á Bacon y á Descartes. al idealismo y al realismo, al sensualismo y al espiritualismo: esta fué su gigantesca obra y á ella se consagró con toda su alma. Pero este buen deseo, esta modesta ambicion de armonizar sistemas y escuelas diferentes y opuestas, no priva á Leibniz de originalidad, ni quita importancia á la revolucion que hizo en la filosofía. Con él tiene principio el racionalismo en Alemania.

¿En qué consiste la revolucion de Leibniz?—Locke

(1) Curso de Psicología, t. I., pág. 42. Tr.

había dicho con su escuela: *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, esto es, no hay nada en la inteligencia que no haya estado antes en los sentidos; Leibniz añadió: *nisi intellectus ipse*, á no ser la inteligencia misma. Con esta pequeña restriccion hizo caer mal herido al materialismo. Locke reconocía que el espíritu se hallaba dotado de una facultad propia, la reflexion, que se ejercia sobre objetos sensibles y que no se derivaba de ellos. Leibniz, ante semejante teoría, pensaba del siguiente modo: se reconoce que el espíritu tiene una facultad puramente intelectual, la cual se habrá de conceder que es innata; se reconoce que es actividad y como actividad siempre está produciendo, cuyos productos serán precisamente las ideas, y por tanto la consecuencia de una actividad virtualmente innata en el espíritu y la existencia en él mismo de ideas virtualmente innatas. Así como seria absurdo hablar de un cuerpo sin concederle partes, así lo es tambien hablar de una facultad sin actividad, de una facultad sin productos propios, que son las ideas. Locke decia que el alma era un espejo de las cosas exteriores; Leibniz afirmaba que aquella no solo reflejaba las cosas exteriores, sino á sí misma en la conciencia, manifestando con esto que era un ser de virtualidad y de espontaneidad propias. Si el alma es afectada por las cosas exteriores, consiste en que es una actividad interior; la afeccion ó la sensacion supone la

receptividad interior del alma: esta refiere á sí las experiencias que vienen de los objetos exteriores.

Por medio de esta clase de razonamientos y con principios y deducciones tan lógicas, minó Leibniz por su base el sistema de Locke; que si resistió los ataques de la escolástica, fué débil ante la poderosa razon de aquel genio.

La obra de Leibniz debia completarse: quebrantado el edificio que levantara Locke, dominaba todavía y se manifestaba cada vez mas orgullosa la escuela cartesiana. Tan perjudicial esta como aquella, y tan contraria á la verdad la una como la otra, Leibniz fija ahora sus miradas en la idea de sustancia.

Descartes y sus discípulos definian la sustancia por la existencia pura; Leibniz la definió por la fuerza y la virtualidad, y tambien con esto destruyó el espiritualismo dualista de Descartes y el panteismo de Spinoza.

Antes de pasar á la explicacion de la idea de sustancia, dejaremos sentado que Leibniz, uniendo el método cartesiano con el experimental de Bacon, ha formado uno nuevo, mas racional y perfecto. Encuentra las reglas de aquellos dos aspectos del método en el *principio de la identidad* ó *de la contradiccion*, y en el de la *razon suficiente*. Mediante estas reglas infalibles esperaba dar á la filosofia la precision de las matemáticas; y así como estas

tenian un lenguaje propio, la filosofía, ciencia una, directora de todos los espíritus, debía en adelante expresarse con una lengua universal (*pasilalia*) y con una característica también universal (*pasigrafía*). Sirviéndose de las categorías ó elementos de todas las nociones posibles (la sustancia, la cantidad, la cualidad, la acción ó la pasión, y la relación) intentó formar el alfabeto universal de los pensamientos humanos. Esta idea fué el sueño de toda la vida de Leibniz, y sus trabajos fueron inútiles, entre otras cosas, por los obstáculos insuperables que presentaba el sistema de las categorías, casi tan defectuoso é incompleto como el de Aristóteles. ¿Qué órdenes de conocimientos corresponden á los dos principios del método?—El conocimiento sensible (percepciones-sentidos) y el racional (ideas-razón). Así como los sentidos nos dan las percepciones ó verdades contingentes, la razón ó el entendimiento puro nos da las ideas ó verdades eternas y necesarias. Estas ideas son *innatas* en el alma. La idea de ser, de identidad, de sustancia, de causa, etc. están siempre presentes á nuestra razón, aunque perezosos ó distraídos no nos demos cuenta ó no las percibamos. Necesitan que la atención se fije en ellas para ser aprendidas, como sucede en las verdades de los números y en otras, pero están en nosotros, son virtualmente innatas en el espíritu humano. En esta doctrina Leibniz ha sido innovador, y ha conseguido completar las teorías de Platon y de Descartes sobre

cuestion de tanta importancia. El principio, pues, de virtualidad admitido por Descartes y olvidado por sus discípulos, Leibniz le aplica á la nocion de la sustancia.

La filosofía cartesiana admitia dos sustancias diferentes: la materia, cuya esencia era la extension, y el espíritu, que tenia por esencia el pensamiento. Estos dos conceptos abstractos de la extension y el pensamiento hacian incompatibles la materia y el espíritu, por cuya razon era imposible dar unidad á la ciencia; Leibniz, por el contrario, afirmó que no existia mas que un solo género de sustancias, y que toda sustancia era una fuerza, haciendo posible de este modo la comunicacion de la materia y del espíritu. Consecuentes Descartes y Leibniz con sus doctrinas respectivas, aquel hacia proceder los fenómenos de la naturaleza de un principio externo, mecánico, y Leibniz los consideraba como debidos á un principio interno, dinámico. De este modo el filósofo de Leipzig formaba una teoría elevada del universo ó introducía nuevos elementos en la filosofía de la naturaleza y en la física, y por esta razon MM. De Salinis y de Scorbiac afirman «que la cosmología de Leibniz era á la cosmología cartesiana, lo que su psicología era á la de Bacon.» (1) En la cosmología fundó los principios de su política.

Leibniz, habiendo combatido el principio cartesiano

(1) Précis de L'histoire de la Philosophie, troisième édition, pag. 380.

de la pasividad de las sustancias creadas, sustituyéndole con el contrario de la actividad de las sustancias, ha fundado su célebre teoría de las *mónadas* ó la *monadología*, que es la base de su sistema filosófico. Dicha teoría, hipótesis brillante, y que prueba el talento de su autor, se halla cimentada en un principio incontestable: la actividad de las sustancias.

Qué son las *mónadas*?—Las *mónadas*, dice, son unas sustancias simples ó sin partes; los verdaderos átomos de la naturaleza; los elementos de las cosas; los cuales no pueden perecer naturalmente, ni cambian en su esencia. Las *mónadas*, como simples que son, no tienen figura, ni movimiento, ni extension, pero difieren unas de otras por sus cualidades intrínsecas, así que sino hubiese esta diferencia, todas las *mónadas* serian iguales ó no habria mas que una *mónada*: todo ser y por consiguiente la *mónada*, como ser que es, está sujeta á cambio y alteracion, pero estos cambios proceden de un principio interno ó de una fuerza intrínseca, ya que una causa externa no puede ejercer influencia en su interior. Esta fuerza intrínseca desarrolla en la sustancia simple una pluralidad de afecciones y relaciones. Es evidente, pues, que las *mónadas* no son iguales.

Qué diferencia hay entre las *mónadas*?—Las *mónadas* simples son las almas, y un conjunto de *mónadas* forman los cuerpos; las *mónadas* con sus infinitas combinaciones constituyen todos los seres del

universo. Las distintas especies de mónadas están en relacion con la menor ó mayor perfeccion de sus percepciones, así que son entelequias las que tienen percepciones oscuras, y almas las que se hallan dotadas de percepciones claras y de memoria. «Pero el conocimiento de las verdades necesarias y eternas es lo que nos distingue de los simples animales: el poscer la razon y las ciencias, que nos elevan al conocimiento de Dios y de nosotros mismos, y esto es lo que se llama espíritu ó alma racional.» (1)

Hemos expuesto sumariamente la doctrina de Leibniz sobre las mónadas. Aunque Leibniz considera el alma á ejemplo de Aristóteles, si bien en un sentido algo diferente, y aunque en la *Monadología* encontramos algunos vestigios de los sistemas teistas y teosóficos, no es posible dejar de comprender la novedad que encierran las doctrinas leibnizianas; pero al afirmarse en estas que las mónadas simples ó almas, como el conjunto de mónadas ó cuerpos, no tienen ni figura, ni movimiento, ni extension, la teoría ha venido á parar en el mas puro idealismo, que no satisface á la ciencia ni á la vida. Si la figura, movimiento y extension que vemos en los cuerpos son fenómenos y no realidades, si la existencia del mundo exterior es únicamente fenomenal, ¿qué era para Leibniz el espacio y el tiempo?—El espacio y el tiempo no tenían existencia real: eran puras ideas

(1) *Monadología*, XXIX.—Tr. de A. Z.

del espíritu ó meras representaciones en el alma del orden de las coexistencias y del orden de los sucesos. No comprendió Leibniz que el espacio y el tiempo están realmente en las cosas, pues que siendo la coexistencia y la sucesion de las mismas, no puede menos de ser real cuando ellas coexisten y se suceden realmente. Sin realidad el mundo exterior, y sin realidad el espacio y el tiempo, todo queda reducido á la fuerza, y la fuerza representada por la mónada es el elemento generador de la naturaleza.

Pasamos á explicar la *armonía preestablecida*. En el universo, afirmaba Leibniz, nada hay inculto, muerto, ni estéril; no hay caos, no hay confusion sino en apariencia. En el rincon mas insignificante de la naturaleza se encuentra siempre un mundo de seres y de entelequias con vida. No hay almas completamente separadas de los cuerpos, y por esto no hay tampoco generaciones completas, ni muertes perfectas; lo que llamamos generaciones son desarrollos y crecimientos, así como lo que llamamos muerte, son descomposiciones y disminuciones. El cuerpo orgánico existia en gérmen antes de la concepcion, y un alma en él, de modo que si el animal no comienza jamás naturalmente, tampoco naturalmente concluye. Se puede decir que no solo el alma es indestructible, sino el animal mismo, aunque su máquina perezca en parte y con frecuencia. (1) Estos

(1) *Monadología*, LXIX—LXXVII.

principios me han proporcionado el medio de explicar naturalmente la union, ó bien, la conformidad del alma y el cuerpo orgánico. Sigue aquella sus propias leyes, éste las suyas, y los dos, se encuentran en la armonía preestablecida entre todas las sustancias, pues que son representaciones de un universo mismo.—Obran las almas segun las leyes de las causas finales, por sollicitaciones, fines y medios. Los cuerpos obran en virtud de las leyes, de las causas eficientes ó de los movimientos; y los dos reinos, el de las causas eficientes y el de las finales, son armónicos entre sí.» (1) En otra obra de Leibniz, despues de ocuparse de los átomos de la sustancia, se expresa de esta manera: «Habiendo establecido esto, creí entrar en el puerto, pero cuando me puse á meditar sobre la union del alma con el cuerpo, me ví como arrojado en alta mar, porque no encontraba ningun medio de explicar cómo el cuerpo influia en el alma y *vice-versa*, ni cómo una sustancia creada podia comunicarse con otra. Descartes habia esquivado esta cuestion, segun se puede ver en sus escritos, pero sus discípulos, viendo que la opinion comun era inconcebible, creyeron que percibimos las cualidades de los cuerpos, porque Dios hace nacer pensamientos en el alma con ocasion de los movimientos de la materia, y que cuando nuestra alma quiere mover su cuerpo, idearon que Dios le mueve

(1) LXXVIII y LXXIX.

con ella. Y como la comunicacion de los movimientos les parecia inconcebible, afirmaron que Dios daba movimiento á un cuerpo con ocasion del movimiento de otro cuerpo. A esto llamaron el sistema de las *causas ocasionales*, y que con formas muy galanas ha sido defendido por el autor de la *Indagacion de la verdad*. (1)

La explicacion de Leibniz es ingeniosa, pero ¿—dónde tiene su fundamento? ¿—cómo se salva en ella la libertad humana?—En nuestro sentir carece de base sólida y en último término viene á parar al fatalismo. Además, no comprendemos cómo un talento tan grande, cae en la notable contradiccion de tener por activas unas sustancias á las cuales niega luego la accion recíproca que deben ejercer entre sí, siendo esta la primera condicion de la actividad.

Pongamos enfrente, una de otra, la teoría cartesiana y leibniziana. Descartes habia sostenido que el alma y el cuerpo eran dos sustancias distintas, y como distintas, era imposible explicar sus relaciones una con otra y su accion recíproca. Se hallaban unidas por la omnipotencia de Dios y solamente se tocaban en un punto, en la glándula pineal del cerebro. Descartes no negó la existencia de las relaciones entre el alma y el cuerpo, pero puso en camino á sus discípulos para que lo hicieran. Con efecto,

(1) Nuevo sistema de la naturaleza y de la comunicacion de las sustancias, así como tambien de la union que hay entre el alma y el cuerpo, XII.

la primera idea de las *causas ocasionales* pertenece al cartesiano Arnoldo Geulinx, pero su desarrollo y explicacion es debida al P. Malebranche. Este, sentando por base la pasividad y diferencia de las sustancias, afirmaba que la relacion entre el espíritu y el cuerpo dependia únicamente de Dios, el cual interviene siempre en nosotros y en la naturaleza. El espíritu humano, por sí, lo mismo que el cuerpo, nada valen y nada pueden; Dios es la causa real de todo, es la *causa eficiente*; las causas segundas, como la voluntad del alma y las impresiones sensoriales, no son verdaderas causas, sino la ocasion para el ejercicio de la causalidad divina, en cuyo sentido se les puede llamar causas ocasionales.

En tal estado la cuestion, aparece Leibniz. Este hombre singular que da novedad á todo lo que toca, se separa de la senda trazada por Malebranche; sin embargo, no quiere romper del todo con las creencias reinantes y se coloca en un término medio. Era opinion general que unas sustancias no influian sobre otras, que la accion mutua de las sustancias ó la influencia recíproca se fundaba en una imposibilidad, que esta hipótesis era absurda, y Leibniz, conformándose con el comun pensar de su tiempo, trazó una línea divisoria entre el cuerpo y el espíritu. Pero él habia combatido la pasividad de las sustancias de la escuela cartesiana, él habia dicho que las mónadas eran activas, y entónces, ¿cómo conciliar esta actividad con la ne-

gacion de la influencia mutua?—El medio fué sencillo: limitó el principio activo al interior de cada una de las sustancias, y con la limitacion creyó haber salvado la dificultad.

Leibniz no aceptó la teoría de las causas ocasionales, porque le pareció contraria á la perfeccion divina. Dios, segun ella, tenia que intervenir constantemente para mantener las relaciones del alma con el cuerpo y del cuerpo con el alma, tenia que conservar continuamente la conformidad y armonía de las dos sustancias, á semejanza de un mal obrero que sin cesar reparara su obra, todo lo cual opinaba Leibniz era impropio de la grandeza y magestad de Dios. Resolver el problema trayendo aquí lo que se llama *Deus ex machina* es propiamente recurrir al milagro, y «en filosofía se debe procurar convencer dando á conocer las cosas que se ejecutan por la sabiduría divina, conforme á la noción del objeto de que se trate» (1) ¿Con qué sustituir el sistema de las causas ocasionales?—Nuestro filósofo encuentra el camino expedito. Dios ha creado el alma de modo que se produzca y se represente en ella todo lo que pase en el cuerpo, y este de modo tambien que se produzca y se represente en él todo lo que el alma ordene. Esta mutua relacion está regulada con antelacion en cada sustancia y es luego causa de la comunicacion del alma con el cuerpo. «Esta hipótesis, dice Leibniz, es muy posible. ¿Por qué

(1) Nuevo sistema de la naturaleza etc, XIII.

no admitir que Dios ha podido dar á la sustancia desde el principio una naturaleza ó fuerza interna que pueda ordenadamente producir (como en un autómeta espiritual ó formal, pero libre en lo que á la razon respecta) todo lo que la suceda, es decir, todas las apariencias ó representaciones que pueda tener, y esto sin el auxilio de criatura alguna? Además, la naturaleza de la sustancia necesariamente exige y esencialmente desarrolla un progreso ó un cambio sin el cual no tendria fuerza actora. Y siendo esta naturaleza del alma representativa del universo de una manera exactísima aunque mas ó ménos distinta, la serie de representaciones que en el alma se produzcan corresponderá naturalmente á la serie de cambios del universo mismo, así como á su vez el cuerpo ha sido acomodado al alma para los casos en que ésta se concibe como obrando exteriormente, lo que es tanto mas racional cuanto los cuerpos han sido solo hechos para los espíritus únicamente capaces de entrar en sociedad con Dios y de celebrar su gloria. Así, desde el punto en que se vé la posibilidad de esta hipótesis, se ve tambien que es la mas racional, y que da una maravillosa idea de la armonía del universo y de la perfección de las obras divinas.» (1)

Supongamos, añade Leibniz en otro lugar de sus obras, que una persona dotada de inteligencia y de poder, y que sabe de antemano las órdenes que yo daré mañana á mi criado, hace una máquina igual á éste que ejecuta

(1) Nuevo sistema de la naturaleza, etc. XV.

con puntualidad todo lo que yo le mande. ¿—Mi voluntad no se hallará entónces en el mismo caso que ántes? ¿—La máquina no ocupará el mismo puesto que mi criado?—Por consiguiente los movimientos de mi cuerpo se hallan en la misma relacion con las voliciones de mi alma, que las acciones del hombre máquina con los mandatos que salen de mi boca; esto es, las impresiones de mi cuerpo no tienen conexion alguna recíproca con las percepciones de mi alma, y lo que únicamente sucede es que la correspondencia es debida á esa armonía preestablecida por el Criador. De modo que para Leibniz el espíritu y el cuerpo son dos máquinas independientes y que se corresponden por la voluntad de Dios; son dos relojes que marchan con exactitud y que el uno señala la hora cuando en el otro da la campana. Ni el cuerpo obra sobre el alma, ni el alma obra sobre el cuerpo: Dios desde el principio arregló las cosas para que resultase un exacto paralelismo entre los pensamientos del alma y los movimientos del cuerpo.

¿Qué valor tiene en la filosofía este sistema de Leibniz? En nuestro entender es una hipótesis, mas ó ménos ingeniosa, mas ó ménos brillante, pero destituida de fundamento. Como deciamos al hablar de la teoría de las mónadas, Leibniz se halla encerrado en el mas puro idealismo, y á pesar de sus esfuerzos de gigante, aparece la libertad humana, si no negada, seriamente comprometida.

Las teorías de las mónadas y de la armonía preestablecida condujeron á Leibniz como de la mano á la doctrina del *optimismo*, ó á la afirmacion de que este mundo es el mas perfecto de los mundos posibles. Dios, nos dice en su *Monadología*, es la sustancia suprema, única, universal, necesaria é infinita, absolutamente perfecta, fuente de toda existencia y de toda esencia en cuanto real. (1) «Solo Dios es, pues, la unidad primitiva ó la sustancia simple originaria de que son producciones todas las mónadas creadas y derivativas que nacen, por decirlo así, de los continuos fulgores de la divinidad de instante á instante, limitados por la receptividad de la criatura, en la cual es esencial la limitacion» (2); y mas adelante se expresa de este modo: «Además, como en las ideas de Dios hay una infinidad de universos posibles y solo puede existir uno, es necesario que haya una razon suficiente del albedrio divino que le determine á elegir uno con preferencia á otro.» (3) Los *Ensayos de Teodicea* confirman en sus páginas, que la suprema sabiduría de Dios, unida á una bondad infinita, no ha podido dejar de crear el mejor y el mas perfecto de los mundos posibles, y que por consiguiente el mundo actual es necesariamente el único y el mas acabado de todos los que

(1) XL—XLV.

(2) XLVII.

(3) LIII.

puedan ser ó existir. *¿Es posible*, decia Bayle, *que no haya un plan de un mundo mejor que el que Dios ha creado?*—*Yo respondo que no*, contestaba Leibniz, *porque si lo hubiera, Dios le hubiese preferido.*

¿Qué juicio debemos formar del optimismo?—Que sometido á un fatalismo universal, que se extiende á todas las sustancias creadas, fué un trabajo estéril para la ciencia, y cuyas perniciosas consecuencias han llegado hasta nuestros días. Leibniz, despues de tanto batallar para conciliar la libertad humana con la armonía preestablecida, presiente los resultados de su doctrina en la Teodicea, y entónces desfallece, y se entrega á discrecion de la Divina Providencia. Y sin embargo de los errores que encontramos en Leibniz ¡qué hermosas páginas escribe sobre el *principio de perfectibilidad!* ¡con qué elocuencia trata de la *ley del progreso!* «Es preciso reconocer, dice este filósofo, que se verifica en todo el universo un cierto progreso continuo y libérrimo que hace mejor cada vez su estado. Así es, que una parte de nuestro globo recibe hoy una cultura que aumentará de dia en dia; y aunque es cierto que algunas partes quedan salvajes, se trastornan y se deprimen, debe entenderse esto del modo que acabamos de interpretar la afliccion; es decir, que esta depresion y este trastorno concurren á algun fin mas grande, de modo que nos aprovechamos en algun tanto del daño mismo. Y en cuanto

á la objecion que podria hacerse de que, siendo esto así, hace mucho tiempo que el mundo deberia ser un paraiso, la respuesta es fácil. Por mas que un gran número de sustancias hayan llegado á la perfeccion, resulta sin embargo de la division de lo continuo en lo infinito, que quedan siempre en el abismo de las cosas partes adormidas que deben despertar, desarrollarse, hacerse mejores y elevarse, por decirlo así, á un grado mas perfecto de cultura.» (1)

Por el lenguaje y por las ideas conocemos que Leibniz es de la ilustre familia de Luis Vives y de Pascal. ¿—Condenaremos desde la tribuna la decadencia de los tiempos y exclamaremos como Ciceron *¡O tempora! ¡O mores!* ¿—Será posible que la raza humana vaya poco á poco retrocediendo, como cantaba Horacio?—Será posible que la humanidad esté condenada á vivir eternamente pasando de la barbarie á la civilizacion, y de la civilizacion á la barbarie, como afirmaba Vico?—De la perfeccion actual ¿será imposible salir, y todos los esfuerzos serán inútiles para dar un paso mas en el camino de la perfectibilidad?—No, contestaba Leibniz; llegará tiempo en que el género humano arribe á una perfeccion mucho mayor que la que nosotros podamos imaginarnos al presente. No, y cien veces no, repetimos tambien nosotros. La humanidad es cierto que en vez de flores encuentra espinas muchas veces; ella tiene fre-

(1) Del radical origen de las cosas.

cientemente que pasar por entre charcos de sangre y por entre montañas de ruinas; ve en lontananza la tierra de promision y no logra alcanzarla; despues de una reaccion se le presenta otra reaccion, despues de una revolucion otra revolucion y despues de una crisis otra crisis; pero no vuelve atras bruscamente, ni queda inmóvil y estacionaria; ella marcha siempre. El dogma budhista «es mejor estar sentado que de pié, acostado que sentado, y muerto que acostado» contradice nuestra naturaleza. La ciencia filosófica rechaza esta teoría, y crée que el movimiento, la accion, los descubrimientos, las invenciones, el progreso, en una palabra, son bienes reales y de interés capital.

Y pasando á otro punto de la filosofía de Leibniz, diremos que en casi todas sus obras se hallan las mas bellas doctrinas sobre la idea de la *Providencia* y sobre la *Ciudad de Dios*, como á continuacion vamos á manifestar. Las almas ordinarias y sensitivas, dice, son espejos vivos ó imágenes del universo de las criaturas, pero los espíritus son imágenes de la misma Divinidad.—Por esta razon los espíritus son susceptibles de tener á modo de una sociedad con Dios, y éste no solamente es lo que un inventor respecto de su máquina, como lo es respecto á las demás criaturas, sino lo que un príncipe con sus súbditos, y aun lo que un padre con sus hijos.—La union de todos los espíritus debe componer la ciudad

de Dios, es decir, el mas perfecto estado posible, bajo el mas perfecto de los monarcas.—Esta ciudad de Dios es un mundo ideal en el mundo real, y solo respecto de ella, es propiamente bondadoso, miéntras que su poder se muestra en todas partes.—Y de la misma manera que hemos establecido arriba una armonía perfecta entre dos reinos naturales, el de las causas eficientes y el de las finales, se nota tambien otra armonía entre el reino fisico de la naturaleza y el moral de la gracia, ó lo que es igual, entre Dios considerado como arquitecto de la máquina del universo, y Dios como monarca de la ciudad divina de los espíritus.—Esta armonía hace que las cosas conduzcan á la gracia por las vías mismas de la naturaleza, y que este globo, por ej. deba ser destruido y reconstruido naturalmente en los momentos que lo exija el gobierno de los espíritus, para castigo de los unos y premio de los otros.—Los pecados deben llevar en sí mismos la pena, y las bellas acciones recibirán su recompensa.—Bajo este gobierno perfecto no habrá buena accion sin premio, ni mala sin castigo y todo debe cooperar al bien de los buenos, es decir, de aquellos que tienen confianza en la Providencia, y que aman con puro y verdadero amor al autor de todo bien, que hace gozar con la felicidad del objeto amado... (1) En otro libro Leibniz afirma,

(1) *Monadología*, LXXXIII—CX.

que Dios no es solamente la fuente de toda vida (1), sino la Providencia que vela por la humanidad. Nuestra felicidad consiste en un progreso en el bien, no en la felicidad suprema que el hombre no puede alcanzar, porque es imposible agotar el conocimiento y el amor del ser infinito.

En esta doctrina, expuesta en la *Monadología* y completada en los *Principios de la naturaleza y de la gracia*, ¿no vemos un ensayo de conciliación con la doctrina de San Agustín? ¿Puede dudarse que Leibniz ha bebido en la fuente purísima de la *Ciudad de Dios*? ¿Es diferente el ideal del obispo de Hipona al del filósofo de Leipzig? No queremos hacer á los dos solidarios, pero la verdad es que leyendo la última parte de la *Monadología*, recordamos muchos pensamientos de la *Ciudad de Dios*. «¿Cuán grande será aquella bienaventuranza, donde no habrá ningún mal, ni faltará ningún bien, y nos ocuparemos en alabar á Dios, el cual llenará perfectamente el vacío de todas las cosas en todos! Porque no sé en qué otra cosa se ocupen, á donde no estarán ociosos por vicio de alguna pereza, ni trabajarán por alguna falta ó necesidad. Y esto mismo me lo dice también aquella sagrada canción, á donde leo ú oigo: *Beati qui habitant in domo tua, Domine, in sæcula sæculorum laudabunt te.* (2)

(1) Platon colocaba también la fuente de toda vida en la *inteligencia divina*.

(2) San Agustín, *La ciudad de Dios*, lib. 22, cap. 30. Tr. D. Antonio Roys y Rozas. Madrid, 1614.

Examinemos ahora las diferentes pruebas establecidas de la *existencia de Dios*. Daremos comienzo á este estudio diciendo que dudar ó negar de la existencia de Dios es dudar ó negar de la luz en medio de ella. La filosofía de la antigüedad tuvo el presentimiento de que el espíritu finito del hombre podia llegar al conocimiento cierto de Dios, pero no se detuvo á plantear el problema. Desde Pitágoras hasta Platon únicamente se emitieron algunas ideas acerca de la naturaleza de Dios y de sus relaciones con el mundo; Platon en sus obras ya despertó en el espíritu humano la idea de la Divinidad; y Aristóteles, tomando por punto de partida el movimiento al considerar el mundo, llegó á pensar en la existencia de un primer motor. La religion cristiana en sus orígenes, pura, cándida y sencilla tenia bastante con saber y creer; por sí misma no necesitaba discutir; supo y creyó íntegramente en la existencia de Dios. Sin embargo, el neo-platonismo Alejandrino y las sectas gnósticas obligaron á la iglesia á defenderse y á dar cuenta de sus doctrinas en el terreno de la filosofía; se cita á San Clemente Alejandrino como uno de los primeros filósofos cristianos cuyos pasos siguieron otros Santos Padres y escritores, segun que lo reclamaban el desenvolvimiento de las ideas y la tendencia de los ataques dirigidos á la iglesia. No contento el espíritu humano con saber y creer, dirigió sucesivamente su investigacion á todos los pro-

blemas de la religion, de la ciencia y de la vida, y en el siglo IV San Agustin en el libro segundo del *libre albedrío* trató brillantemente de la existencia de Dios, si bien su exposicion carecia de la forma demostrativa. Desde el siglo IV al siglo XI, esto es, desde San Agustin á San Anselmo, la humanidad no paró mientes en la cuestion. A este hombre extraordinario debemos el primer principio demostrativo para adquirir la certidumbre de la existencia de Dios. No es del caso ocuparnos de los tres períodos que señalan los filósofos, el demostrativo, el hipotético y el analítico; solamente nos interesa el primero. A este pertenece la prueba *ontológica* de San Anselmo; es decir, que de la noción del ser mas elevado deduce la existencia de el mismo ser ó de Dios. Descartes, segun todas las probabilidades, conoció la argumentacion del arzobispo de Cantorbery, ya copiándola de San Anselmo, como opina Leibniz (1) y Ahrens (2), ó ya fruto de su propio espíritu y tan necesaria al conjunto de su sistema, como afirma Tiberghien (3); pero sea de ello lo que quiera, lo único que podemos afirmar es que la existencia de Dios la prueba por la misma idea de Dios, empleando el argumento de San Anselmo (4). Sin embargo, Descartes no se limitó á seguir al pié de la

(1) Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano, I. IV, p. 404.

(2) Curso de Psicología, t. II, pág. 205. Traducción de D. G. Lizarraga.

(3) Generacion de los conocimientos humanos, t. III, pág. 130. Tr.

(4) Balmes, Hist. de la Filosofia, pág. 133.

letra la argumentacion del Santo: su punto de partida está en la certidumbre que el espíritu tiene de sí mismo en su conciencia, y desde este primer hecho se eleva á otras nociones hasta llegar á la idea de Dios. En último resultado la existencia de Dios quedaba reducida á lo siguiente: *Todo lo que resulta de la idea de Dios ó de la definicion de una cosa puede afirmarse de la cosa misma. La existencia resulta de la idea de Dios ó del sér mas perfecto que concebirse puede. Luego se puede afirmar la existencia de Dios.* Malebranche y Spinoza desarrollaron con detenimiento este punto del sistema de Descartes, á veces con verdad, á veces cayendo en el error, hasta que aparece Leibniz, diciendo: del argumento de Descartes únicamente se puede sacar esta conclusion: *si Dios es posible, consiguientemente existe.* Descartes y sus discípulos habian relegado al olvido el principio *de contradiccion*, y Bacon y su escuela el de la *razon suficiente*. La aplicacion de este principio condujo á Leibniz al conocimiento del Sér Supremo. «Se fundan dice, nuestros razonamientos en dos grandes principios, el de la contradiccion, en virtud del cual juzgamos falso lo que esta encierra, y verdadero lo que es opuesto á lo falso ó contradictorio; y el de la razon, en virtud del cual consideramos que no se podria hallar hecho alguno verdadero ó existente, ninguna enunciacion verdadera, sin una razon suficiente, por lo cual sea así y no de otro modo, aunque estas razones nos sean

desconocidas con frecuencia.» (1) La última razón de las cosas, añade, debe estar en una sustancia necesaria ó razón suficiente, de todo y con todo ligada en Dios. «Y no solamente, termina Leibniz, está en Dios la fuente de toda existencia, sino la de toda esencia en cuanto real, ó en cuanto tiene algo de real en la posibilidad. Por esto el conocimiento de Dios es la región de las verdades eternas ó de las ideas de que depende, y por esto sin él nada habría de real en las posibilidades, y no solo nada existente, sino nada posible.» (2) Como se ve, la teología de Leibniz es superior á la de la escuela cartesiana.

La influencia del sistema de Leibniz en Alemania ha sido grande. El «se hizo sentir en casi toda la filosofía alemana de su época, la cual se inclinó hácia el idealismo que se manifestaba desde el principio bajo dos formas: el idealismo *místico* y el idealismo *racional*. Los filósofos alemanes, que profesando doctrinas opuestas bajo ciertas relaciones, con el idealismo de Leibniz, abrazaron, en otro sentido, un idealismo místico, se hallan representados por Cristian Thomasius (3). Los otros filósofos que fueron los continuadores de la filosofía leibniziana tienen por jefe á Wolf, el mas célebre discípulo del rival de Descartes.» (4) No dejaremos

(1) *Monadología*, XXXI y XXXII.

(2) *Monadología*, XLIII.

(3) Era hijo del célebre profesor que tuvo Leibniz en la Universidad de Leipzig.

(4) MM. de Salinis y de Scorbiac, *Précis de L'histoire de la Philosophie*, troisième édition, pág. 392.

empero de nombrar entre tantos pensadores como han seguido las huellas de Leibniz á *Baumgarten*, fundador de la Estética, y á Reimarus, autor del famoso libro: *Teoría de la razon ó método para hacer buen uso de ésta en el estudio de la verdad*. Durante una centuria las ideas leibnizianas han ejercido un poder saludable sobre todas las inteligencias, y han sido la base de la ciencia filosófica. Este es el privilegio que tienen los hombres superiores como Leibniz.

V.

Juzguemos ahora la filosofía de Leibniz, pero ante todo expongamos el concepto que de ella han formado Ritter, Balmes y el P. Zeferino Gonzalez. «Había estudiado desde su juventud con ardor la filosofía escolástica. Ella tuvo una influencia muy grande en su educación filosófica, y él continuó hasta los últimos años de su vida teniéndola en tanta estimación, que según su parecer, no se expresaba exactamente todo aquel que tratando asuntos teológicos no empleaba el lenguaje escolástico. Verdad es que no llegó á profundizar del mismo modo todos los sistemas de la filosofía escolástica, pues era principalmente el sistema de Tomás de Aquino el que le servía de guía.» (1) «Sean cuales fueren, dice Balmes, las dificultades á que están sujetas las teorías de Leibniz, procuraba el ilustre filósofo soltarlas conciliándolas con la libertad de Dios y la del hombre: no sería justo atribuirle consecuencias que él rechazaba: en tal caso debe im-

(1) Ritter, Histoire de la Philosophie moderne, t. II, pág. 240.

pugnarse la doctrina, pero respetando la intencion del autor. Los extravíos que padece provienen de lo extraordinario de su genio, ávido siempre de explicaciones nuevas, y que era atrevido porque se sentia poderoso. Rival de Malebranche en metafísica, de Newton en matemáticas, insigne anticuario, profundo filólogo, adornado de vasta erudicion, versado en las ciencias sagradas hasta el punto de sostener una polémica con el mismo Bossuet; eminente político, que pronosticaba las revoluciones modernas con un siglo de anticipacion; absorvido continuamente en meditaciones filosóficas y religiosas, buscaba la verdad con un ardor increíble; siendo de notar que nacido y educado en la religion protestante, supo elevarse sobre las preocupaciones de sus correligionarios, haciendo justicia al catolicismo en casi todos sus puntos, y escribiendo su famoso *Systema Theologicum*, que pudiera hacernos dudar de que muriera protestante. Como quiera, Leibniz, á pesar de lo peligroso de algunas de sus doctrinas, merece ser tratado con respeto; y si se levantase del sepulcro, confundiria de una mirada á esa turba de filósofos que, sin poseer ni su saber ni su ciencia, disuelven las ideas en su patria, la Alemania, y preparan desde allí grandes calamidades al mundo entero.» (1) «Si se exceptúan, escribe el P. Zeferino Gonzalez, las teorías de Leibniz sobre el optimismo, sobre la armonía preestablecida.

(1) Historia de la Filosofía, págs. 157 y 158.

sobre el origen del alma racional y algunos puntos de la Monadología, apenas se encuentra alguna tesis de importancia que no se halle en perfecto acuerdo con la filosofía escolástica, y especialmente con la doctrina de Santo Tomás... Parece como que el genio profundo, cristiano y universal del Angel de las escuelas ejercía cierta atracción fascinadora sobre el genio profundo, enciclopédico y cristiano de Leibniz: descúbrense cierta simpatía entre estos dos grandes pensadores.» (1)

Por nuestra parte no estamos conformes con Ritter al afirmar *que el sistema de Santo Tomás sirvió de guía á Leibniz*, ni con Balmes al decir que *hizo justicia al catolicismo en casi todos sus puntos*, ni con el P. Zeferino Gonzalez al sostener que *apenas se encuentra alguna tesis de importancia que no se halle en perfecto acuerdo con la filosofía escolástica, y especialmente con la doctrina de Santo Tomás*; por el contrario, el filósofo alemán tiene un sistema propio y desarrolla todos los principios de la ciencia con verdadera originalidad. ¡Vano empeño el de Ritter, Balmes y el P. Zeferino Gonzalez! Es cierto que bajo un punto de vista parece el representante de la filosofía de la Edad media, pero bajo otro, y este es el de mas importancia, se manifiesta como iniciador de la filosofía racionalista alemana. Descartes rompió con la escolástica y quiso

(1) Historia de la Filosofía, págs. 136, 137 y 138.

levantar una muralla que la aislase del movimiento moderno; Leibniz, menos desdeñoso con ella, pretendió reconciliarla con las ideas que agitaban su inteligencia. El primero creyó realizar la ley del progreso arrojando al olvido la filosofía de Santo Tomás; el segundo era de opinion que en la marcha progresiva de la ciencia, ninguna idea debia perderse, ni ningun esfuerzo malograrse. Si la filosofía de Kant y de su escuela reprueba á Leibniz haberse inmiscuido en el terreno escolástico, la filosofía escolástica y la teología deben reprobar duramente casi todas las doctrinas leibnizianas. Aparte de la teoría de las mónadas, de la armonía preestablecida y del optimismo, tampoco pueden aceptarse las cuestiones relativas al origen del mal y mucho menos la manera que tiene de conciliar la *libertad humana* con la *presciencia* y la *preordenacion divinas*. De modo, que piensen lo que quieran Ritter, Balmes, y el obispo de Córdoba, tan conocedores aquellos de la historia de la filosofía, y tan digno este por nuestra parte de la mas profunda consideracion y respeto, que respeto y consideracion profunda merece el hombre que consagra su vida á la ciencia del pensamiento; sin embargo, repetimos, de opiniones tan autorizadas, nosotros creemos que la mayor y principal parte de las doctrinas filosóficas de Leibniz son contrarias á la ortodoxia católica, y que en ellas han bebido los libre pensadores y filósofos racionalistas alemanes del siglo XIX. Y si de los

escritos filosóficos pasamos á su correspondencia epistolar y á sus trabajos históricos más nos afirmaremos en nuestro juicio. En una carta que en 1705 escribió á Burnet le decia «que estaba muy lejos de los Doctores de la Iglesia romana» y esto mismo expresó varias veces á sus amigos el landgrave de Hesse y á Arnauld. Además, en su obra postuma, los *Annales del Imperio de Occidente*, se ocupa de la religion romana con un verdadero desden, hasta el punto de que desconocemos al filósofo profundo é inalterable, para ver solamente al propagandista y sectario. ¿Cómo escribió entonces el discurso sobre la *Conformidad de la fé y de la razon*, tan aplaudido por algunos? Pues en este mismo discurso no es ortodoxo. Intentó, no una conciliacion, no armonizar la fé con la razon, sino supeditar la fé á la razon, y por esto cuando se encontraron de frente el teólogo y el filósofo, Bossuet y Leibniz, no pudieron entenderse, y los buenos deseos de ambos fueron ineficaces ante el uno, que se encerraba en su religion, y el otro en su filosofía. No merece, pues, Leibniz los aplausos de que ha sido objeto de parte de Ritter, de Balme, del P. Zeferino Gonzalez y de otros filósofos modernos.

Notamos, empero, que el filósofo de Leipzig ha mantenido en todo su sistema el principio fundamental de la metafísica, la idea de la fuerza ó de la individualidad, que no es otra cosa sino una aplicacion de la idea de la virtualidad; y que ha inten-

tado armonizar la existencia de este principio con la existencia de Dios. Al afirmar que ni la inteligencia constituye la esencia del espíritu, ni la extensión la esencia del cuerpo, porque en el espíritu hay algo más que inteligencia, y en el cuerpo algo más y más esencial que la extensión; al sostener que tanto el espíritu como el cuerpo son sustancias y que las sustancias son fuerzas, ó que la sustancia corpórea lo mismo que la espiritual jamás cesan de obrar, (1) Leibniz con esta teoría dió comienzo al edificio racionalista alemán, pues sujetándose á ella y permaneciendo fiel en todas sus partes, viene desenvolviéndose hasta nuestros días. En este como en otros puntos notamos relaciones entre Leibniz y Kant, entre la filosofía del primero y el criticismo del segundo. Lejos de existir antagonismos entre uno y otro, hay una completa conformidad; pueden perfectamente conciliarse la metafísica de Leibniz con la crítica de Kant. Si Kant censura muchas veces á la filosofía leibniziana, mas que á los principios sustentados por el maestro, se dirige á las doctrinas de sus discípulos y continuadores, que ó no le entendieron, ó se separaron lastimosamente del verdadero camino. (2) Cuando las doctrinas de Leibniz, defendidas y desenvueltas por Wolf y por algunos otros filósofos de esta época, encon-

(1) De prima emendatione philosophiæ et de notionibus substantiæ.

(2) Sobre la conformidad entre Leibniz y Kant puede verse el apreciable libro que en 1875 ha publicado Mr. Desiré Nolen con el título *de la crítica de Kant y la metafísica de Leibniz*.

traron particularmente en Alemania, adversarios bastante numerosos que se agruparon al rededor de Crusius, los ataques de estos no destruyeron la influencia de las teorías leibnizianas, las cuales prepararon, bajo cierto punto de vista, la filosofía de Kant. (1) Ambos, Leibniz y Kant, son los padres del libre pensamiento en Alemania. Es evidente tambien que la primera idea de reforma de los principios naturales se debe á Leibniz: él nos ha dado los primeros fundamentos racionales acerca de la naturaleza, los cuales sirvieron á Kant para formar un cuerpo de doctrina. Leibniz puso la primera piedra de este magnífico edificio al considerar la materia, no como una cosa muerta, sino como fuerza y nada mas que fuerza. Leibniz consagró gran parte de sus trabajos para formar con sus categorías el alfabeto universal, y Kant, aprovechándose de aquellos, despues de establecer las categorías principales, fundó una lengua, que aunque incompleta, es sencilla, precisa y propia para las investigaciones filosóficas.

Pasando á otro punto vemos la tentativa de Leibniz en armonizar la filosofía, cuya idea sugirió mas tarde á Krause su famoso sistema, pudiendo con razon decir G. Tiberghien, ilustre profesor de la Universidad de Bruselas «que Krause es el que ha completado las doctrinas de las ideas de Leibniz, como tambien todos

(1) De Salinis et de Scorbiac, Précis de L'histoire de la Philosophie, troisième édition, p. 395.

los grandes pensamientos formulados por este genio» (1); y la distinción establecida por Leibniz entre la *percepción* y la *apercepción* llevó a Hartmann a escribir su teoría, base de la *filosofía de lo inconsciente*, como afirma él mismo. «Me considero feliz al reconocer que la lectura de Leibniz me ha sugerido la primera idea en las investigaciones que estoy haciendo.» (2)

(1) Generación de los conocimientos humanos, t. III, pág. 323.

(2) Phil. de l'Inconscient, introd, pág. 19.

VI.

Sintetizando nuestro asunto, diremos que el sistema de Leibniz es conciliador y armónico. Su método es el racional, y su punto de partida el mundo tal como se manifiesta. Colocado entre los baconianos y cartesianos, se salvó del sensualismo con su teoría de las ideas innatas, y del espiritualismo dualista y del panteísmo con su doctrina de la sustancia. Cayó en el idealismo al ocuparse de las mónadas, y en el fatalismo en su explicación de la unión del cuerpo con el espíritu y en la creación del universo. Sin embargo de estos errores, el edificio que comenzó á levantar es gigantesco, y sus ideas sobre la ley del progreso, sobre la otra vida, sobre la Providencia y sobre Dios, y en general, sobre la teología, aparte de aquellos pensamientos contrarios á la verdad, serán siempre estimadas y dignas de estudio. Sus teorías de la razón suficiente y de la ley de continuidad, esto es, *natura non operatur per saltum*, encierran profundos pensamientos. Consideremos que vino á luchar

con un siglo descreído, con una sociedad minada por la indiferencia y con unos hombres sin fé. En frente tuvo al escéptico literario Bayle, al sensualista Locke y al panteísta Spinoza. ¿—Quién duda de la superioridad de Leibniz sobre estos y otros filósofos de su tiempo?—¿—Quién duda de la bondad de las ideas leibnizianas en aquellos tiempos sin creencias?—La misma Monadología ¿no produjo una saludable reacción en el campo de la ciencia?—Agradecimiento eterno debe la Alemania á Leibniz, pues él hizo que en este país la filosofía estuviese relacionada con las escuelas antiguas, cuya tradición se hallaba rota en Inglaterra y Francia. Gracias mil debe la Europa á Leibniz por haber afirmado la existencia del espíritu cuando tantos la desconocían y negaban, y la idea de Dios, que es la luz de la conciencia humana.

Aunque Leibniz puede muchas veces ser comparado con un médico cuyas recetas mitigan los dolores del enfermo, pero que no le curan por completo, sus teorías profundas y sus hipótesis ingeniosas encierran nuevos elementos que mas adelante producirán sus frutos. Entrevió la dirección que debía tener la filosofía y trabajó con fé por encontrar la verdad. No podemos pedir mas á Leibniz; que no es posible á un hombre desprenderse por completo de las ideas dominantes en su tiempo, ni variar con su aliento la atmósfera que respira.

El sistema de Leibniz, enriquecido con las doctrinas

de Platon y de Aristóteles, de Proclo y de Plotino, de San Agustín, de San Anselmo y de Santo Tomás, de los teístas, de los teósofos y de todos los pensadores del Renacimiento, forma época en la historia de la filosofía. Leibniz admiró también á Boecio, el hombre mas sábio del siglo V, y conoció los escritos de Alfonso X, de ese rey tan alabado por sus obras literarias y tan mal juzgado como político, y cuyo nombre, dígase lo que se quiera, debe grabarse en bronce para admiracion de todos los tiempos y de todas las edades.

La obra de Leibniz, falseada por algunos discípulos y continuadores, y la escuela escocesa, pobre y raquítica, no pudieron resistir el violento empuje del racionalismo francés y del materialismo. Estas doctrinas, dolorosa expiacion de anteriores pecados, justo castigo de pasadas culpas, laceraron el alma del siglo XVIII, y sus consecuencias fueron terribles y sangrientas. Cuando parecia que el mal no tenia remedio, aparece otro pensador distinguido, cuya fama será eterna en las páginas de la historia: este sábio filósofo será Manuel Kant. No es nuestro objeto ocuparnos de la superioridad de la filosofía kantiana sobre las modernas escuelas ecléctica y positiva, ni tampoco de su beneficiosa influencia en la ciencia de su tiempo; pero si alguno dudase de esta verdad, transcribiremos lo que Federico Schlegel y el P. Zeferino Gonzalez, autoridades no sospechosas en la materia, escriben á este propósito: «La filosofía de Kant, dice el primero, produjo

en aquella época los resultados mas decisivos. No puedo convenir, en tésis general, que esta filosofía haya sido perjudicial al modo de pensar y á la fé: antes de que Kant apareciese, la fé religiosa habia sido ya conmovida en sus cimientos por otras causas.» (1) «Así es que al finalizar el siglo XVIII, añade el P. Zeferino Gonzalez, la filosofía corroida interiormente por un racionalismo universal y absorbente, y saturada á la vez de escepticismo y sensualismo materialista, se hallaba en un estado de verdadera prostracion, y no es fácil calcular lo que hubiera sido la historia de la filosofía á contar desde la época indicada, sin la sacudida vigorosa que le comunicó el genio de Kant.» (2) Con la filosofía escolástica cuya mas alta representacion es Santo Tomás de Aquino, reinan en el campo de la ciencia el racionalismo de Kant y los sistemas de Fichte, Schelling, Hegel y Krause, el eclecticismo de Victor Cousin, y el positivismo de Augusto Comte; doctrinas diferentes y contrarias algunas á la verdad, pero todas inspiradas en las mas puras ideas y en la mas recta conciencia. Esta crisis porque hoy atraviesa la humanidad no terminará, podemos asegurarlo, con persecuciones, guerras y muertes: su resolucion será científica. En el mundo del pensamiento no debe haber enemigos y adversarios, y presentimos tiempos de ventura y de

(1) Hist. de la Literatura, t. II, pág. 302. Tr.

(2) Hist. de la Filosofía, t. III, pág. 212.

felicidad. ¡Quiera Dios que así suceda y que del actual caos salga una luz que marque el derrotero cierto y seguro de la ciencia! ¡Quiera Dios que cese pronto el divorcio entre la religión y la filosofía! ¡Quiera Dios que la ciencia del pensamiento dé un paso de gigante en el camino del progreso! Que, como ha dicho el ilustre obispo de Córdoba, los siglos no pasan en vano sobre los hombres y los pueblos, y el movimiento continuo de la historia entraña en su seno y arroja sin cesar al mundo nuevas ideas y nuevos problemas para la filosofía, como entraña y arroja nuevos problemas para las ciencias físicas y naturales, para las ciencias sociales y políticas. (1)

(1) *Obra y tomo citados, pág. 9.*

VII.

Voy á concluir, Ilmo. Señor; pero antes un recuerdo para mis compañeros y un consejo á nuestros discípulos. Elevados á este sacerdocio científico, nosotros tenemos un deber principal: enseñar la verdad y propagarla con entusiasmo, sin temor á nadie y sin reparos de ninguna clase. Y no solamente enseñar la verdad, sino practicarla: debemos vivir la vida de la verdad. Muchas dificultades habremos de vencer y muchas amarguras que devorar: tengamos espíritu fuerte y alma levantada para luchar siempre y constantemente con los defensores del error. No nos desanime lo mucho que tenemos que trabajar y lo mucho que necesitamos combatir, pero «sin trabajo no se llega al descanso: sin combate no se alcanza la victoria.» (1) Contemple cada uno de nosotros desde la cátedra á todo el profesorado, desde nuestra ciencia todas las ciencias; y formemos una sociedad armónica con esta amada juventud que acude á nuestras aulas

(1) Kempis. Imitacion de Jesucristo, lib. III, cap. XIX.

y cuya educacion nos está encomendada. Unidos maestros y discípulos en el trabajo y en la comun obra, sembremos en tierra fértil; que la flor y el fruto no se harán esperar.

Jóvenes alumnos, esperanza de la patria, vosotros, en cuya inteligencia se hallan las mas puras ideas y en cuyo corazon se encuentran los mas generosos sentimientos, permitidme un cariñoso consejo. Apresuraos á recoger las lecciones de vuestros sábios maestros, que todos, menos yo, son fieles representantes del saber. La Universidad, madre cariñosa, os abre los brazos. Bien venidos seais.

En los tiempos que corren, tiempos de duda y de escepticismo, vuestra familia, vuestros amigos, la sociedad en que vivís, tienen sus ojos fijos en estos centros de enseñanza. Sed estudiosos, sed científicos, pero tambien morales: la ciencia no vale nada sin la moralidad. Desmentid las calumnias de que sois objeto por parte de algunos. Anuncian estos á son de trompeta que la juventud está perdida, que no busca el bien sino el vil interés y que marcha con paso de gigante á su ruina. Vuestra conducta contestará por mí á tantas afirmaciones gratuitas.

Emplead vuestras fuerzas en el estudio de la filosofia, cuya enseñanza fué en mal hora suprimida de la facultad de Derecho en las Universidades españolas. Al desden con que se ha mirado en nuestra patria este género de investigaciones, se debe el atraso de

todas las ciencias y la postracion de todos los estudios. Mirad que el Derecho en sus diferentes ramas se halla en nuestra patria en verdadera postracion, y marcha sin plan, ni método, ni brújula que lo guie, y todo esto por carecer de principios filosóficos á cuya luz se resuelven los mas grandes problemas de la humanidad. Mirad que la Medicina no encuentra tierra donde posar su planta y se mueve en un círculo estrecho y empírico, afirmando hoy lo que niega mañana para volver dentro de poco á ponerlo en duda, y todo esto porque creyéndose poderosa, ha renegado de la Lógica, de la Metafísica y de la Moral. Bueno es que estudiéis nuestras leyes y las instituciones todas de los pueblos, los medios para curar las enfermedades de nuestro cuerpo y para preservarle de ellas, las ciencias naturales y exactas, las físicas y químicas; pero os interesa mas el estudio de vosotros mismos. Victor Hugo ha dicho una gran verdad: «Hay un espectáculo mas grande que el mar; este es el cielo: hay un espectáculo mas grande que el cielo; este es el interior del alma.» Necesitais estudiar mucho la filosofía, si quereis preservaros de esas doctrinas que están hoy corroyendo las entrañas de la humanidad. Contra las actuales enseñanzas deterministas y fatalistas, positivistas y materialistas, decid vosotros que la conciencia humana es libre en sí y en sus actos, y que el que prevarica es porque quiere prevaricar, y el que peca es porque quiere pecar.

Cuando leais en Vogt «que existe entre el pensamiento y el cerebro la misma relacion que se nota entre la bilis y el hígado, la orina y los riñones» y en Moleschot «que el pensar es un movimiento de la materia, y la voluntad un movimiento de la naturaleza» y en Buchner «que la actividad anímica es una funcion de la sustancia cerebral,» afirmad vosotros la existencia del espíritu, y que el pensamiento, sentimiento y voluntad son facultades anímicas.

¿—Qué mas os debo aconsejar, alumnos de esta Universidad?—Educad vuestra inteligencia en la verdad, el sentimiento en la belleza, y la voluntad en el bien; respetad siempre los fueros de la razon humana sin traspasar sus límites; prestad en vuestro corazon un verdadero culto á la justicia y á la libertad, porque estas ideas enaltecen al individuo, fortalecen á los gobiernos y dan paz á los pueblos; tended la mano á esa parte de nuestra sociedad que todavía pide un pedazo de pan para llevar á su boca y que todavía cubre de harapos sus carnes; amad y realizad el progreso, que es el acrecentamiento de la vida; conservad en vuestra alma los puros principios de la religion y de la moral; vivid como hombres de bien, (1) y apartaos, como de hombres tocados de la lepra, de aquellos que hacen alarde de una religion que no creen, y de una moral que no practican, y de estos que

(1) «Si, el mejor precepto de Lógica que yo te puedo dar, es que tu vivas como hombre de bien.» *Malebranche, Meditaciones, IX, f. 24.*

arrojan á la burla de las muchedumbres las mas venerandas doctrinas y las mas sagradas creencias, olvidando ciertamente los unos y los otros que habrán de comparecer ante el tribunal de la historia, que no se le engaña, y ante Dios, que premia á los buenos y castiga á los malos.

HE DICHO.